

## **CAPÍTULO DÉCIMO**

## **CONCLUSIONES**

## CONCLUSIONES

Como compendio de las ideas, enfoques, propuestas y recomendaciones recogidas a lo largo de las páginas precedentes, el grupo de trabajo ha considerado oportuno resumir en un mismo apartado aquellos aspectos más relevantes, que traten de sintetizar su pensamiento sobre el tema tratado. En ningún caso deben considerarse como conclusiones definitivas, aunque sólo sea por el hecho de que el texto se cierra en diciembre de 2002, cuando está en marcha una dinámica que anuncia cambios importantes en la región de Oriente Medio y, en consecuencia, también en el ámbito de la energía en el espacio euro-mediterráneo. Existen muchas otras variables, incluyendo las de naturaleza interna de una Unión Europea que camina, lentamente, hacia su configuración como un actor político mundial, y las que afectan a la propia estabilidad y desarrollo de los países del Magreb, de Oriente Próximo y del Golfo Pérsico. Todo ello hace que cualquier ejercicio prospectivo como el que aquí se plantea, esté sujeto a innumerables incertidumbres. En cualquier caso, éste es el resultado de nuestro esfuerzo:

- La preocupación de los analistas en los años sesenta era la de enfrentarse a un mundo donde se agotaba la energía y, en particular, el petróleo. Este planteamiento a largo plazo prácticamente ha desaparecido en la actualidad. La teoría de los ciclos energéticos nos muestra, con amplia seguridad dentro del marco temporal en el que se desarrolla este estudio, que ese escenario es a todas luces irreal. Desde ese convencimiento es necesario asumir que la demanda comunitaria, tanto de petróleo como de gas natural, aumentará constantemente hasta 2020 (y más allá) y que también lo hará la dependencia con respecto a los países localizados tanto en el Magreb, como en Oriente Medio (junto a Rusia y el resto de los países del Mar Caspio).
- Los procesos de ajuste en el paso de un tipo de energía primaria a otro (carbón-petróleo-gas) son largos, requieren grandes inversio-

nes y ajustes tecnológicos y, al mismo tiempo, pueden originar crisis y repercusiones en los precios de la energía. Sin embargo, la principal amenaza que percibe la UE en cuanto a su seguridad energética suele plantearse a corto plazo, principalmente por la posibilidad de que se produzcan interrupciones temporales del suministro de energía (petróleo y gas natural, sobre todo). La percepción de esa amenaza está basada en la concentración geográfica de las fuentes de abastecimiento de la UE, en la inestabilidad sociopolítica de esos países y en la progresiva dependencia energética de la UE de estas fuentes de abastecimiento.

- Desde esa perspectiva y tratando de hacer frente a las contingencias negativas que pudiera producir un corte de suministro o el alto grado de dependencia existente, cabría señalar la necesidad de disminuir los riesgos asociados a esa dependencia mediante: a) la creación de reservas estratégicas (como defiende la AIE); b) la diversificación de las fuentes de abastecimiento y, simultáneamente, la reducción de la excesiva dependencia que pudiera darse con un suministrador individual; c) la construcción de infraestructuras suficientes que permitan adoptar rutas alternativas o duplicar las existentes; y d) la aceleración de un proceso de acercamiento de la UE hacia sus zonas de suministro de energía, poniendo en juego todo su potencial económico, político y diplomático para reforzar los intereses comunes con esas fuentes y contribuir a su desarrollo integral (en la medida que esa vía reforzará su estabilidad).
- En esta línea, la UE tendría que hacer un mayor esfuerzo por acercarse política y económicamente a sus áreas tradicionales de suministro y a otras que, como Rusia y el Mar Caspio, emergen con gran fuerza como futuras fuentes, apoyando en ellas la penetración de las empresas comunitarias. Ésta es una tarea urgente, tanto por la competencia que ya se está produciendo con otros actores mundiales interesados en su control (EEUU), como por el hecho de que las reglas de juego están siendo establecidas en la actualidad y posteriormente será muy difícil modificarlas para favorecer los intereses propios.
- Más allá de la preocupación que pueda plantear un corte temporal de suministros, resulta fundamental llamar la atención sobre la inexistencia de una política exterior de la UE. Sin ella, resulta muy difícil poder articular estrategias de actuación para hacer frente a la

fuerte competencia que plantean otros países (EEUU) o para garantizar soluciones a su alta dependencia energética.

- Desde esa visión de política exterior, resulta evidente la importancia de contribuir decididamente al establecimiento de zonas estables y desarrolladas en las periferias (Este y Sur) de la Unión, donde se localizan sus principales fuentes de abastecimiento energético. El petróleo y el gas juegan un papel fundamental en este proceso y la política energética de la UE así debe reconocerlo. Y es que el Mar Mediterráneo, por cuyas aguas pasan más de la mitad de las importaciones comunitarias de petróleo y gas natural, está llamado a jugar un papel cada vez más importante en la política energética de la UE.
- En lo que respecta a los países de la ribera Sur y Este del Mediterráneo es necesario impulsar tanto la Asociación Euro-Mediterránea (Proceso de Barcelona, en marcha desde 1995, pero ralentizada inevitablemente por el bloqueo generado por el conflicto árabe-israelí) como las relaciones con los países del Consejo de Cooperación del Golfo. En ambos esquemas, los temas energéticos deberían ocupar un lugar prioritario.
- El transporte de productos energéticos desde Oriente Medio hasta la UE está fuertemente condicionado por los factores de conflictividad que caracterizan a esa zona. Sólo la finalización del conflicto árabe-israelí, la completa normalización de las relaciones entre Irán y Occidente y la transformación política de Iraq, tareas todas ellas en las que la UE debería implicarse totalmente, permitirán el desarrollo de un esquema de transporte energético distinto del actual y más beneficioso para la Unión.
- Más específicamente, y en función de la notable importancia que seguirá teniendo el pasillo energético por el que circulan los hidrocarburos desde las zonas productoras de Oriente Medio hasta los mercados europeos, a través del canal de Suez, la estabilidad de Egipto debe constituir una prioridad estratégica para la UE.
- Dado que el Mediterráneo se ha convertido en un corredor de transporte de energía, la polución de sus aguas se convierte en un riesgo importante. Aquí la previsión de accidentes, el establecimiento y el cumplimiento de normas exigentes para los buques que navegan por sus aguas se hace cada día más necesaria. Este aspecto puede ser una buena base para la cooperación en temas

de seguridad entre los países del entorno euro-mediterráneo, dentro del marco de la Declaración de Barcelona y aprovechando las potencialidades del Plan Azul para el Mediterráneo. La rápida exigencia de buques de doble casco es una necesidad cada vez más apremiante.

- El apoyo al desarrollo de las energías renovables, no sólo en territorio comunitario sino también en la ribera Sur del Mediterráneo, es una política que se debería fortalecer.
- La volatilidad de los precios de la energía es siempre un problema a corto plazo pero a medio plazo no parece que vaya a plantear problemas irresolubles. En cualquier caso, las existencias de reservas estratégicas siempre será un elemento estabilizador de los mercados que la UE debe potenciar.
- En el caso del gas natural es aconsejable establecer un equilibrio de aprovisionamiento, ente gasoductos y GNL, para introducir mayor flexibilidad en la cadena de abastecimientos. El gas, como moneda de cambio para la transferencia económica y de tecnología de Norte a Sur, y los programas de la Unión Europea para promoción de las inversiones y el comercio en la cuenca del Mediterráneo pueden contribuir significativamente al desarrollo económico y social de los países del entorno y, a su vez, a la seguridad de Europa.
- En contra de lo que puede pensarse a primera vista, no es mayor la dependencia que tienen los países comunitarios con respecto a sus suministradores energéticos mediterráneos que la que estos últimos tienen de los primeros. La economía de los países productores de la zona es prácticamente de “monocultivo”, de tal forma que la mayor parte de sus ingresos de divisas proceden de sus exportaciones de hidrocarburos. Países productores y consumidores, por un igual, están atrapados en esa relación de interdependencia, por lo que no parece un escenario racional la ruptura de los vínculos que mantienen.
- En resumen, la seguridad energética comunitaria depende mucho más de la capacidad y coherencia de una política energética diseñada en conjunto (todavía en sus primeras etapas), de la defensa de la libertad de los mercados y del apoyo prestado por su política exterior que del comportamiento de los países exportadores de hidrocarburos.